

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 3 trim.

Redacción, Administración y Talleres

Anuncios y Suscripciones

Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 690.

A BAILAR

La enseñanza. Nadal es la única que enseña bien el baile de salón y evita el ridículo y el cansancio a los que bailan en sociedad. Lecciones teóricas y prácticas para uno solo. Calle Ciegos Boquería, 2, entresuelo.

DIVERSIONES PARTICULARES

SOCIEDAD "LA BOHEME," - San Pablo, 30

Hoy, martes, día 20 - Último de los grandes Bailes de Mascara, que tanto han llamado la atención por el adorno del local, derroche de luz, serpentinas y confetti. - LA JUNTA.

Crónica diaria.

¡La sesión de esta tarde!

Probablemente esta tarde con motivo de ser martes de Carnaval no habrá sesión municipal de primera convocatoria. La mayoría de concejales están ocupados estos días en vigilar el éxito del arbitrio a los coches de la rúa y en buscar la forma de increpar a los defraudadores del Municipio, como dijo el tairérido Liadó.

Esta vez los defraudadores serán los ciudadanos que no han querido pasar por primos pagando un arbitrio inoportuno e injusto, toda vez que el Ayuntamiento no había ayudado al éxito del Carnaval, como era intención de la anterior Comisión de Hacienda.

No habrá sesión probablemente por tales motivos esta tarde; pero si por casualidad reuniérase suficiente número de concejales sabemos que algunos de los que acudirán están dispuestos a que sea de máscaras, pues llevarán antifaces a prevención y narices significativas. Los del Escamol las llevarán de podenco. Los de las derechas de apaga llums, Marial de febrei, Liadó de payaso tonto, Oriol de coca fera, Pich de tribuno y los más caracterizados de las distintas especies de la fauna municipal. Será una sesión divertida, por la cual se podrán pagar carne las localidades. El único asunto que se discutirá en todo caso será el éxito por el arbitrio de la rúa.

Constitución de las Cámaras de Industria.

El Boletín Oficial de la provincia ha publicado un aviso, fecha 16 del actual, de la Comisión organizadora de las Cámaras de Industria, en el que se dice lo siguiente:

De conformidad a lo dispuesto en el reglamento provisional para el funcionamiento de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación y un especial a las disposiciones

transitorias del mismo, se señala el día 5 del próximo Marzo, y hasta de las diez, para la proclamación de los candidatos, que tendrá lugar en el local del Consejo provincial de Fomento, calle de San Honorato, número 3. 1.º, y se convoca para el día 10 del mismo mes próximo las elecciones generales para constituir la Cámara Industrial de la provincia de Barcelona, que deben verificarse teniendo en cuenta la división de grupos aprobados por la Dirección general, advirtiendo que serán en las candidaturas que tuviesen nombres de candidatos no proclamados.

Dichos grupos, en número de 16, con la representación de cada uno de ellos, son los que se indican á continuación:

Para la tarifa 3.ª: Primero.—Industria algodonera, Estampados y Géneros de punto, que comprende los epígrafes 26 al 35 inclusive y del 61 al 74 inclusive y el 311 de la construcción industrial.—Ocho representantes.

Segundo.—Los demás textiles, que comprenden los epígrafes 1 al 25 inclusive, del 36 al 60 inclusive y del 75 al 82 A inclusive.—Tres representantes.

Tercero.—Metalurgia y construcciones mecánicas, que comprenden los epígrafes 88 al 114 inclusive, del 121 al 137 inclusive, del 170 al 289 inclusive, el 303, el 324, el 336, el 339, el 329, el 344, el 358, el 419 y el 420.—Tres representantes.

Cuarto.—Productos químicos, que comprenden del 138 al 190 inclusive.—Un representante.

Quinto.—Productos alimenticios, que comprenden del 391 al 418, del 226 al 245, del 285 al 289, del 304 al 310, del 344 al 367, del 339 al 370, del 378 al 379.—Dos representantes.

Sexto.—Productos de cemento, vidrio, porcelana, etc., del 203 al 221.—Un representante.

Séptimo.—Varios, que comprenden del 191 al 202, del 222 al 225, del 246 al 272, del 273 al 278, del 281 al 285, del 290 al 302, del 312 al 314, del 315 al 323, del 327 al 328, del 331 al 340, del 342 al 357 bis, del 359 al 363, del 370 A al 377, del 380 al 390.—Dos representantes.

Para la tarifa 4.ª: Primero.—Pielés y cueros, que comprenden los epígrafes 23, 34, 36, 44, 50, 103, 104.—Un representante.

Segundo.—Ebanistería y carpintería, que comprenden los epígrafes 1, 7, 7 bis, 23, 40, 43, 55, 66, 82, 79, 100.—Un representante.

Tercero.—Industrias artísticas, que comprenden los epígrafes 2, 4, 10, 12, 13, 14, 14 bis, 17, 24, 26, 33, 43, 68, 69, 72, 73, 74, 77, 92, 93, 99.—Dos representantes.

Cuarto.—Artes gráficas, que comprenden los epígrafes 15, 16, 23, 39, 71, 84, 84 bis.—Un representante.

Quinto.—Metalistería, que comprende los epígrafes 27, 43 ter, 46, 49, 52, 54, 62, 67, 68, 80, 81, 102.—Un representante.

Sexto.—Alimentación, que comprende los epígrafes 6, 41, 83, 91.—Un representante.

Séptimo.—Confecciones, que comprenden los epígrafes 3, 5, 8, 9, 11, 20, 21, 22, 29, 35, 45, 65, 89, 90, 96.—Un representante.

Octavo.—Artes de construcción, que comprende los epígrafes 18, 19, 94.—Un representante.

Noveno.—Varios, que comprenden los epígrafes 30, 31, 32, 37, 38, 42, 42 bis, 47, 48, 57, 58, 59, 64, 63, 64, 70, 78, 79, 85, 87, 88, 95, 101, 105, 107, 109, 110, 111.—Un representante.

La elección comenzará á las ocho del indicado día 10 de Marzo próximo y terminará á las diez y seis, aplicándose para ello las prescripciones de la ley electoral de 1907.

Se designará para efectuar las elecciones los colegios siguientes:

- Capital.—Local del Consejo provincial de Fomento, calle de San Honorato, número 3. 1.º
- Arenys de Mar.—Casas Consistoriales.
- Badalona.—Casas Consistoriales.
- Berga.—Casas Consistoriales.
- Granollers.—Casas Consistoriales.
- Igualada.—Casas Consistoriales.
- Martorell.—Casas Consistoriales.
- Mataró.—Casas Consistoriales.
- San Feliu de Llobregat.—Casas Consistoriales.
- Vich.—Casas Consistoriales.
- Milfranca del Panadés.—Casas Consistoriales.
- Villanueva y Geltrú.—Casas Consistoriales.

Carnaval.

En el Afonso Pi y Marzell, de la Barceloneta, celebróse anteyer el anunciado baile infantil de trajes con que aquella entidad obsequió á sus convecinos. El vastísimo local estaba lleno á rebosar. Hubo premios para todos los niños y los extraordinarios fueron de verdadera riqueza y arte.

El Tallamán, entidad que tanto ha cooperado con sus bailes de máscara á la animación del presente Carnaval, dará esta noche, á las once, el de despedida en el teatro Español, que, según costumbre, estará lujosamente adornado é iluminado profusamente. Una nutrida banda de 50 profesores, dirigidos por el señor Ballardá, ejecutará...

extensa y variado programa y en el intermedio habrá un concurso de trajes con la adjudicación de valiosos premios.

Ofrece la fiesta el atractivo de haber ofrecido asistir a ella las principales artístas de concierto, a las cuales se destinan dos palcos, y el aliciente de haber añadido a programa dos bailes a ellas dedicados exclusivamente.

La Buena Sombra dará esta noche su último baile de máscara en el teatro Apolo, espléndidamente iluminado y adornado con riqueza oriental, al que concurrirá (como no) la flor y nata del mundo barcelonés luciendo estimulantes disfraces.

Por la tarde en el mismo coliseo se celebrará el anual baile infantil de trajes para regocijo de pequeñuelos y satisfacción de grandullones.

Hay el popular artista Pepe Mar que recorrerá, por la tarde y por la noche, los siguientes cafés y cervecerías: Botsa, Siete Puertas, Colonial, Reforma, Rincón, Breton, Triunfo, Sevilla, Apolo, Cádiz, Alsacia, Australia, Toat, Junqueras, Mallorca, Faló, Tetuán, Parísien, Victoria, Garbí, Condal, Santa Madrona, Vienesa, Comercio, Baldrich y Ambos Mundos.

El circo o La Atenia recorrerá esta noche los cafés siguientes: Brasileño (Gracia), Buen Aprecio (id.), Mallorca, Portuna, Casa del Pueblo, Parísien, Aribau, Vienesa, Alercia, Breton, Rincón y Colonial.

Gasetilla.

A las cinco de esta mañana, en la calle de Valencia, entre las de Borrell y Viladomat, por donde cruza la vía férrea, un tren de carga ascendente ha arrojado, pasando por encima y destrozándole, y partiéndole en dos mitades, a un hombre, al parecer joven, que lleva un traje bastante usado, oscuro. En virtud de estar tan horriblemente desfigurado no se ha podido identificar el cadáver.

En el lugar del suceso se personó el juzgado, el que ordenó el levantamiento del cadáver y su conducción al depósito judicial.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios:

De Valencia, Cipriano Torres, San Pedro, 58; de Sevilla, Guerrero (sin señas), de Manresa, Porterp, Portal Angel, 12; de Cádiz, Barrero C., Calabria, 110.

La Sociedad de Geografía Comercial pone en conocimiento de los fabricantes que ha recibido del Centro de Información Comercial del ministerio de Estado una notable colección de muestras de crenolinas y crudillos remitidas por el consul de España en Salónica y por la casa P. Baltazano & C. de Smirna, artículos que son de gran consumo en dichas plazas y con las cuales podríamos competir.

Se invita a las personas a quienes pueda interesar que se sirvan examinar dichas muestras en el local de la Sociedad, plaza de Santa Ana, número 4, de cuatro a seis de la tarde, todos los días laborables.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Almendralejo, Construcción; Lerida, Antonio Pauls, Villadomat, 8; Forthou, marquesa de Hijosa; Puigcerdá, Pedro Sogues, tienda comestibles; Alcaniz, Vicente Tomás, Baños Viejos, 6 bis; Quintanar, Avelino Valls, Bruch, 8; Ripoll, José Polkaderas, Arrabal, 75, carpintería.

Conferencias y reuniones

En el local social del Institut Médico-social de Catalunya pasará mañana, a las cuatro de la tarde, en punto, se dará comienzo al ejercicio correspondiente a su primer concurso escolar, con opción al premio Manuel Portet.

La sesión anual reglamentaria del Ateneo Barcelonés tendrá efecto el próximo viernes, leyéndose la Memoria acostumbrada y el discurso del presidente, don Luis Domènech y Montaner, que trata de «La conservación de la personalidad de Catalunya».

Mañana por la tarde, acompañados de su profesor, el arquitecto señor Broquetas, visitarán los alumnos de las clases de dibujo del gremio de Cerrajerías y Herreros la fabricación de vigas de hierro laminado en las talleres de la casa Torras de esta, pudiendo asistir los señores que lo deseen.

Verdugo atento.

En la cárcel de Málaga había sido puesto en capilla Francisco Ponce, el de Iguala, que emperó por contrabandista, siguió el oficio de ladrón y acabó por asesino y secuestrador.

Un día le vistieron las malas y por culpa de un sepio que dió el colono del cortijo de las Chapas y de una mala faena que se cayó au compadre Pepe el de Parajan, Francisco vivió con dos esposas, además de la suya legítima, con unos grilletas en los pies y con una condena de muerte.

Entró resignado en la capilla y hasta llegó á derramar lágrimas recordando todas sus picardías, que se debían, más que á su natural perverso, á las malas compañías y á la falta de intereses.

Para confesarle y auxiliarle en aquel trance acudió, solícito el padre Francisco, exclaustrado más bueno que el pan, modelo de curas, hombre de carácter franco, aunque algo brusco y andaluz en su pronunciación y en su gracejo.

Serían las nueve de la noche, cuando á Francisco Ponce le dió el capricho de tomar una taza de café con el verdugo, como prueba de que no había de guardarle rencor por la faenilla que en nombre de la ley le preparaba para la mañana siguiente.

Entró en la sala el bien ó el mal llamado funcionario judicial, con destino por concurso al servicio de la Audiencia de Granada. Se llamaba el señor Lorenzo y era bajillo de cuerpo, rechoncho de carnes, sus ojos de puatero, pómulos pronunciados y bigote blanco.

Usaba un traje de pana carmesí oscuro y una cadena de oro que podía servir para amarrar un toro.

Francisco y el señor Lorenzo se abrazaron y maldito si nos importa lo que habiáran entre sorbo y sorbo de café.

Entretanto, el padre Francisco, alumbrado por las velas del altar, con gran devoción, leía las páginas de su Brevario, y suplicaba á Dios por el alma del infeliz reo, que iba á comparecer ante el más inapelable de los tribunales.

Tardó más de media hora en retirarse el verdugo.

Hubo nuevo abrigo y nuevas exhortaciones del sacerdote.

El señor Lorenzo, que estaba necesitado de descanso y un tantico borracho, según el perfume á vino que despedía, salió al rastrillo y cerca de la puerta, echó en el suelo una almohada y una zulea, se tendió á la larga y procuró dormirse.

No era todavía la madrugada, cuando el padre Francisco dejó la capilla para ir á la parroquia á arreglar cuanto se necesitaba para los últimos momentos del reo que estaba en capilla.

Llegó el rastrillo, que se hallaba bastante oscuro, y, como además estaba muy torpe y era miope, tropezó con el cuerpo del señor Lorenzo, estando á punto de caer.

—¿Quién es...? ¿Quién está aquí?—preguntó algo asustado el cura.

El señor Lorenzo se restregó los ojos y dijo:

—Soy yo, soy el verdugo, pa servir á osté, papá Francisco.

Y el padre Francisco, malhumorado, contestó:

—Pa servir á tu madre, siavergüenza!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

Juegos prácticos.

Hasta los juegos de los niños tienen en Inglaterra un objeto práctico: el de descubrir el grado de desarrollo á que llegan los chicos y el de cultivar todas las energías de un modo armónico, reforzando las de los débiles y dando á las de los fuertes las ventajas que únicamente pueden procurar el entranamiento y la disciplina.

Ejemplo de ello son el *charit-hal* y el *hockey*, que no requieren solamente habilidad, rapidez y energía de ejecución y que no dan tan

sólo la victoria al más vigoroso.

En cada uno de esos juegos hay algo difícil de hacer y que vale la pena de hacerlo, precisamente por esa misma dificultad, que exige reflexión, obediencia voluntaria á ciertas normas y lealtad recíproca entre los jugadores, cada uno de los cuales debe aspirar, no á su victoria personal, sino á la de su grupo. Estos son los juegos que forman el espíritu de cuerpo y el sentimiento del honor.

CAROLINA ALFONSO

— Cuando volvió en sí, Lilla vió á su lado á su madre, á Vittoria y á Man-

— ¡Aquella mujer! ¿Dónde está aquella mujer? — exclamó Lilla levantándose extraviada.

Mauricio y Vittoria se miraron estupefactos.

— ¿A quién buscas?

En vez de responder, la muchacha cogió á su amigo por el brazo.

— ¿Has firmado ya el contrato? — gritó Vittoria estaba sorprendida.

— ¡Te encontrabas presente — respondió.

— ¿Te casarás con el conde Darío?

— ¿Qué preguntas?

— La desgracia pesará sobre ti y sobre mí.

Vittoria se puso pálida y á Mauricio le pareció ver que el conde Darío, que había entrado en la galería y se había colocado detrás de Lilla, dirigía á esta una mirada casi feroz.

— ¿Se engañaba?

— Querida niña, tienes fiebre — dijo su madre á la muchacha, sosteniéndola entre sus brazos.

— ¡Sí, sí! — agregó Vittoria — ¡Tus manos queman, tienes la frente caliente!

— Y besándola con ternura añadió: — ¡Tu sufrir y la culpa es mía, te he cansado demasiado.

— Con un poco de reposo se repondrá enseguida — dijo el conde con estremada dulzura.

Lilla, después de aquel arranque, había inclinado la cabeza sobre el pecho y no hablaba ya.

Se acordó llevarla enseguida á su casa.

Toda la alegría de Vittoria se había apagado.

Sin embargo, no se le ocurrió la idea de que las palabras de su amiga conviniesen verdaderamente un aviso, una amenaza. Lo atribuyó á un momentáneo delirio de Lilla, á alguna pesadilla que la había turbado encontrándose sola en la galería.

— ¡Era tan nerviosa, tan sensible, tan excesivamente nerviosa!...

Aunque los labios de Vittoria no sonrisen ya, en las miradas que dirigía al conde se reflejaba todo el amor, toda la confianza que la atraía hacia él.

Darío tuvo atenciones delicadísimas para su prometida, participó de su disgusto por la indisposición repentina de Lilla, pero no hizo la menor alusión á las palabras que esta había pronunciado.

No obstante, aquella frase resonaba en su corazón, en su cerebro.

— ¿Qué sabía Lilla? ¿Qué había sucedido en aquella galería? ¿A qué desgracia aludía? Había sido una fortuna que el marqués de Castellazzo no estuviese presente en aquel instante, por qué aquella frase podía despertar en él celos y hacerle aplazar el matrimonio.

Entretanto, la joven que había hablado con Lilia, cuando vio á esta desvanecida, se alejó furtivamente de la galería y pocos minutos después abandonaba el palacio.

Aquella mujer era Alda.

Cuando dos días antes salió de la Maternidad no tuvo otro pensamiento que enterarse de quien era la prometida del conde Darío, el nombre que la había infamemente engañado y hecho arrojar á la calle en un estado que habría comovido el corazón de una fiera.

¡Si su hijo hubiese vivido, Alba no habría pensado en la venganza!

Pero cuando le pusieron en los brazos para que lo besase un cuerpecito helado, cuando supo que su hijo había muerto antes de nacer, todo pensamiento generoso calló en ella; grito, maldijo, no quiso oír ninguna palabra de consuelo, de piedad.

Nadie supo quien fuese el autor de su desgracia; pero si sus labios no pronunciaron el nombre del conde, este nombre le abrasaba el alma y su corazón no tenía bastantes maldiciones para él.

Alda, cuando supo quien era la prometida de Darío, experimentó un violento sobresalto.

¿El conde se casa, pues, con la hija de aquel generoso caballero que la había conducido en su carruaje á la Maternidad, que la dejó su dirección y la hizo entregar una no despreciable suma para cuando saliese de aquel lugar reservado á las madres miseras y desventuradas?

¿Debia avisarle, relatar al marqués su historia y la de Darío?

¿La creería el aristócrata? No.

Hasta llegó á poner en duda la generosidad del noble caballero; abrigó la sospecha de que el marqués, enterado de sus relaciones con el conde, la había socorrido para librarse de escrúpulos y evitar un escándalo que perjudicaría á su hija.

La crueldad de Darío, la muerte de su hijo, habían endurecido el corazón de Alda, volviéndola escéptica, fría, insensible.

Sin embargo, impulsada por un insuperable remordimiento, había tratado de advertir indirectamente á la marquesita Vittoria.

Y lo había logrado.

—Su amiga la hablará, estoy segura—murmuraba Alda apresurando los pasos—. Si la marquesita renuncia á Darío yo no desataré mi odio más que contra él; pero si desprecia mis consejos y se casa, no tendré ya piedad ninguna y la envolveré en la ruina del conde.

Alda habitaba en los alrededores de Porta Palazzo, en un antro oscuro y estrecho de una casa rebotante de familias pobres, en la que se alquilaban habitaciones á un tanto por noche y era albergue de ladrones y centro de prostitución.

La joven vivía con su madre, una mujerzuela de años cincuenta años apodada la *Gata*.

Esta tenía un puesto de hortalizas en Porta Palazzo. Pero en privado

jercia otros oficios. Ocultaba á ladrones, prestaba dinero sobre objetos robados y echaba las cartas.

La *Gata* era rencorosa, arrogante, pependciera. ¡Ay de la que se enemistara con ella! Podía estar segura de que, más temprano ó más tarde, sufriría las consecuencias.

Alda, cuando llegó á su casa, procuró no hacer ruido para que su madre no se apercibiese de su llegada.

Pero la *Gata* estaba aún levantada y al ligero ruido que produjo la puerta al abrirse apareció en el umbral de la cocina con los brazos puestos en jarra.

—Ah, eres tú!—murmuró entre dientes.—¿Has ido á buscar á tu pichón? Como descubra quién es le romperé el mango de la escoba en la cabeza. ¡Te ha reducido á buen estado! Tienes dieciocho años y pareces más vieja que yo. Para acabar así no valía la pena de que hicieras tantos remilgos. Pero te repito que estoy cansada de mantenerte sin provecho: ¡o sigues el camino que te he trazado ó te marchas de aquí!

—Basta, basta; pronto me quitaré de tu presencia—dijo Alda con voz ahogada.

Y, sin dar oídos á las nuevas injurias de su madre, se refugió á oscuras en su habitación, tendióse en el lecho y con el rostro hundido en la almohada

Aunque Alda hubiese tenido desde pequeña tristes ejemplos de corrupción, había llegado á la adolescencia sin que la manchase el fango que la rodeaba.

Alda tenía el firme propósito de dejarse matar antes que seguir los consejos de su madre y los de las amigas de ésta, aunque una y otras la mostraban la infamia bajo los más lindos colores.

En Porta Palazzo y en sus alrededores Alda era conocida por la *Bella Turinense*. Y el nombre no le podía estar mejor aplicado.

A los quince años Alda era una criatura perfecta. Su cuerpo elegante se había desarrollado antes de tiempo; las líneas de su rostro habrían podido servir de modelo á un pintor; el conjunto de su fisonomía expresaba viva firmeza.

Alda había frecuentado las escuelas comunales con mucho provecho, porque estudiaba con pasión, con fervor, obteniendo cada año un premio.

Ella había visto á su padre una sola vez: el día en que éste moría en la enfermería de la cárcel, á donde había sido conducido por una ruidosa

La impresión que le produjo el moribundo sólo fué de horror y de disgusto.

En vano su madre, amenazándola, la incitaba á darle un beso.

Alda lloró, hasta mordió las manos de la *Gata*, pero no cedió.

Aquella cabeza hundida en la almohada, manchada de sangre; aquella boca entreabierta llena de baba sanguinolenta, aquellos ojos torvos, atroces, sólo podían despertar miedo, repugnancia en una muchacha.

El recuerdo de aquel día permaneció mucho tiempo en su cerebro infantil.

Entre los clientes de su madre había una desgraciada á la que la desesperación, el hambre, habían llevado al mal camino.

Y ella fué la que dió á Alda algún buen consejo, la inculcó algún sentimiento religioso, de moral, la puso en guardia contra las seducciones, la abrió los ojos sobre la vida que al lado de su madre la aguardaba; en suma, procuró eliminar del alma de la muchacha todo sentimiento de depravación.

Si aquella infeliz, más desventurada que culpable, no hubiese muerto, quizás el porvenir de Alda habría sido muy distinto del que ahora le trazaba la fatalidad.

La *Bella Turinense* desde pequeña había sido iniciada en los torpes misterios de la casa de su madre y esto no había hecho más que aumentar su repulsión á los amores brutales, sin desprecio para todos los que convivían con la *Gata*, para los que buscaban refugio al lado de ella.

Y si alguno de estos hombres la dirigía algún requiebro, ella se revolvió feramente y mostraba de tal modo su disgusto que el osado quedaba abombado y la *Gata* sentía ganas de abofetearla.

La *Gata* no quería á su hija porque ésta tenía un carácter y unos modales distintos de los de ella.

—Si tú no fueses tan necia—la decía con frecuencia—, si moderases tu soberbia, podrías hacer fortuna.

Alda se encogía de hombros.

—Prefiero permanecer pobre—respondía—, que enriquecerme con los medios que usted me propone.

—¿Qué quieres decir con eso?

Y la *Gata* se ponía en jarras y comenzaba á insultar á su hija.

Pero ésta la miraba con tal aire de desafío, sin responder, que la verdulera, roja de cólera, acababa por golpearla brutalmente.

Una mañana, Alda entró en la cocina para desayunarse y encontró á su madre en compañía de dos jóvenes á los que había dado albergue la noche anterior.

A uno de ellos la joven lo reconoció y al verlo se ruborizó ligeramente.

Si, aquel era el joven que tres años antes la había librado de las furias de un deudo que entró en la habitación de Alda, jurando que la reduciría á sus deseos.

Alda había gritado y á aquel grito acudió el joven, que, después de derri-

bar de un puñetazo al beodo, cogió á la muchacha y la llevó al lado de su madre.

Y había obrado así el joven por un simple sentimiento generoso, como si la muchacha hubiese sido su hermana.

Sin embargo, aquel joven era un conocido granuja que lo mismo servía para un barrido que para un fregado. Se llamaba Giulio Pantasso, pero se le conocía por *Manolesta*.

Desde entonces Alda no le había vuelto á ver y se decía que se había marchado al extranjero á buscar fortuna.

Pero ahora había regresado bastante mal de dinero y su compañero no parecía en mejor situación que él.

Giullo, al ver á Alda, no pudo contener un gesto de admiración y la dirigió algunas galanterías por el cambio que en aquellos pocos años se había operado en ella.

—La dejé niña y la encuentro convertida en una espléndida joven—la dijo—. ¡A cuántos les hará usted suspirar!

Alda se puso roja bajo las miradas del joven.

La *Gata* se encogió de hombros.

—¡Es tan estúpida como testaruda!—exclamó.

—Creo todo lo contrario—dijo Giulio con una fina sonrisa.

Alda por vez primera se encontraba bastante embarazada y sentía palpitar su corazón con inusitada violencia. ¿Amaba quizás á Giulio?

Sin embargo, ella se había jurado á si misma no pertenecer más que á un hombre honrado.

Pero, ¿qué hombre decente iría á buscarla en aquel antro de vicios, de vergüenzas?

Giullo y su amigo se establecieron en casa de la *Gata*; pero no salían más que de noche.

Así Alda tenía durante el día frecuentes ocasiones de conversar con el granuja. ¡Y cosa extraña! Aunque nunca hablaban de amor, se comprendía que bastaba una chispa para hacerlo estallar.

Giullo tenía una serie de conocimientos superficiales, pero extensísimos.

Debía haber leído mucho, asimilándose un poco de todo; tenía talento natural, palabra fácil y modales correctos.

Todo esto producía una especie de fascinación en Alda.

El compañero de Giulio, un joven rubio como él, serio, taciturno, no había producido ninguna impresión en la joven, que no se cuidaba de él, tanto más cuanto él permanecía constantemente en su habitación y no se dejaba ver casi nunca.

Giullo, que no se había permitido nunca la menor broma con Alda, supo que á ésta la gustaban mucho las flores y cada mañana la ofrecía un ramito, que ella llevaba todo el día sobre el pecho y á la noche lo ocultaba celosamente en el fondo de una cesta donde tenía sus ropas.

Una noche que no podía dormir, presa de locos sueños de amor, nerviosa, agitada, Alda saltó del lecho, se puso un ligero vestido y así, descalza, se

puso á pasear por la estancia, tratando de calmar aquella extraña inquietud que la invadía.

La *Gata* dormía en una habitación vecina y se oían sus fuertes ronquidos.

Alda iba á volverse al lecho, cuando le pareció que abrían la puerta de la casa.

La llave de ésta no la tenía más que Giulio, porque en aquellos días la *Gata* no tenía más huéspedes que él y su compañero.

Eran, pues, éstos que volvían á casa. La habitación ocupada por los dos amigos estaba al fondo de un corredor y la ventana daba sobre un corral húmedo, pestilente, sin luz.

Era triste aquella habitación; pero costaba poco y los dos amigos no se encontraban en situación de exigir otra mejor.

A oscuras Alda pasó el corredor; pero apenas llegó á tiempo de ver la puerta de la estancia cerrarse detrás de Giulio.

Nunca como aquella noche Alda había deseado tanto encontrarse al lado del joven, mirarlo á los ojos, oírle hablar.

El único deseo que podía satisfacer era el de verlo.

Para ello no tenía más que subir una escalerita de madera que conducía á una habitación donde la *Gata* guardaba las legumbres, habitación que recibía luz por una pequeña abertura en la pared que daba á la estancia de los dos amigos.

Conteniendo la respiración, Alda subió la escalerita y poco después, desde su observatorio, pudo ver al amigo de Giulio, al que ella llamaba *Tenebroso* porque no conocía su nombre, sentado á un cojo velador cubierto de papeles que él examinaba atentamente.

Alda no podía verle el rostro porque el *Tenebroso* estaba de espaldas á la abertura; pero veía perfectamente á Giulio sentado enfrente de su amigo y esto la bastaba.

El granuja tenía el rostro sonriente, pero bastante pálido, y la mirada que fijaba en su amigo adquiría de vez en cuando tal expresión, que Alda á su pesar se sentía turbada.

—Así—dijo de repente Giulio—, ¿tienes todos tus documentos?

El *Tenebroso* levantó la cabeza.

—Sí—respondió—; aquí está todo mi porvenir. Con estos documentos poseeré dentro de pocos días el nombre á que tengo derecho y una considerable fortuna. Y tú, Giulio, participarás de mis riquezas lo mismo que compartiste conmigo el pan y el lecho cuando me encontraste muerto de miseria, de hambre.

Giulio había bajado la cabeza.

El *Tenebroso* recogió los documentos esparcidos sobre la mesa, los ató con una cintita y los metió en una larga cartera.

Giulio, con los codos apoyados en el velador, lo miraba fijamente.

—Tú hace tiempo que me dijiste tu nombre—exclamó de repente—; pero

nada me contaste de tu vida pasada, de tu familia, Quisiera conocer los particulares de tu infancia, de tu juventud.

El *Tenebroso* se pasó una mano por la frente.
—Son recuerdos demasiado tristes, demasiado dolorosos—exclamó—y no te interesarían.

—¿Por qué? ¿Crees que tus dolores no son los míos, como son tus alegrías?

Giulio hablaba con tal dulzura, que *Alda*, la cual no perdía ni una sola palabra de la conversación de los dos jóvenes, sintió los ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Qué corazón tan generoso!—pensó.
Y aguardó avidamente la respuesta del *Tenebroso*.

Aldá pasó el tiempo de la estancia en la estancia de *Alda* como aquella noche *Alda* deseaba encontrarlo tanto como él la había encontrado en la noche anterior.

El único deseo que podía satisfacer era el de verla.

—Gracias—dijo el *Tenebroso* tendiendo una mano a *Giulio*, que la estrechó—si, te lo diré todo. Y para que comprendas como he llegado al límite de la miseria siendo mi padre millonario es preciso que te hable de él.

Hizo una pausa, que *Giulio* no interrumpió.
Alda desde su escondite era todo oídos.

El *Tenebroso*, con voz clara y firme, comenzó su narración.
—Mi padre había nacido en Turín; pero por parte de su madre poseía muchísimos bienes en las Marche, en la Umbria y en la Toscana.

Apasionado por la agricultura y amigo de la economía, después de la muerte de mis abuelos se puso á administrar el mismo su patrimonio y pasaba el año de una en otra de sus muchas fincas rústicas.

En Turín le veían raramente y su continente frío, sus costumbres graves, reservadas, su carácter reflexivo, concentrado, inspiraban más bien respeto y temor que simpatías.

A los cuarenta años mi padre era aún soltero, con gran satisfacción de sus parientes, que ya se veían herederos de su cuantiosa fortuna. Pero de repente se supo que se había casado con una joven de familia noble y arruinada, que no le aportaba más dote que la belleza, la juventud y un corazón tierno y generoso.

En año después se esparció la noticia de mi nacimiento.

Las esperanzas de los herederos estaban desvanecidas.
Mi padre condujo á su esposa á un castillo de la Umbria.

Y allí nací yo y allí pasó la infancia.
Veo aun en mi memoria aquel vasto edificio, severo como una fortaleza lúgubre como un cementerio.

Y aun recuerdo el rostro divino de mi madre.

Al lado de mi padre, ella parecía una niña, y como tal temblaba en su presencia.

Pero cuando él no estaba, reinaba conmigo, me cubría locamente de besos y caricias.

Yo la adoraba y no podía pasar un solo instante sin ella.

Mi padre me dirigía pocas palabras; sin embargo, cuando me levantaba entre sus brazos se conmovía y en sus ojos se veía resplandecer la alegría.

Pero no era capaz de expresarla como quizás él mismo habría querido.

Mi padre se ocupaba mucho de mi educación; él y mi madre fueron mis primeros preceptores; a los doce años yo conocía varios idiomas y la Geografía, la Aritmética y el dibujo.

Mi padre iba de caza con mucha frecuencia y a veces se ausentaba semanas enteras.

Durante una de estas ausencias se presentó un hombre en el castillo solicitando hablar con mi madre.

Yo me encontraba al lado de ella, que, en aquel instante, me daba una lección de piano.

Mi madre preguntó al criado el nombre del visitante. Esto se negó a decirlo; pero insistió en su demanda.

Mi madre, después de una breve vacilación, ordenó que pasase.

Lo recuerdo todo tan perfectamente como si la escena se desarrollase ahora.

Apenas había comparcido el desconocido a la puerta de la sala donde estábamos, cuando mi madre arrojó un grito como de terror y con acento que me llegó hasta el fondo del alma dijo:

¿Usted? ¿Usted, Felipe? ¿Vive?

—Ya lo ve— respondió él, sonriendo burlescamente y entrando en la estancia.

Después, mirándome a mí, dijo:

—Vete, pequeñuelo, que necesito hablar a solas con tu madre.

Adopté un continente fiero.

—No me moveré de aquí— respondí— si mi madre no me lo manda.

Ella me estrechó contra su pecho; parecía haber recobrado un poco de calma.

—¿Quédate— exclamó— y lo que el caballero ha de decirme y yo he de responder puedes y debes escucharlo. Y aunque pequeño, lo comprenderás.

Este caballero viene a preguntarme por qué yo, que había sido novia suya, me he casado con tu padre. ¿No es así?

—¡Es cierto!— respondió con voz sorda Filippo.

—Pues bien— agregó mi madre—, yo le respondo delante de mi hijo. Usted partió de mi lado porque éramos demasiado pobres para amirnos; después

de seis meses de silencio, me escribió para decirme que no pudiendo realizar nuestro propósito, era mejor dejarnos en completa libertad de acción;

más tarde, un hombre que se firmaba su amigo me daba en pocas palabras la

El lazo.

5

En una playa de moda á la hora elegante en que se congrega frente al mar la pinta mar-grileña.

María Teresa, viuda consolada á fuerza de tiempo, y Jacobo, poeta inconsolable á fuerza de celibato, pero solterón, modelo y feliz, se encuentran después de muchos años. Al reconocerse se saludan, con más atracción curiosa que cortesía. Vale tanto como decir que fueron novios del primer amor. Jacobo halla irragantes los treinta y cuatro años de María Teresa y ella estima, sonriendo, un poco obscuro y pesados los cuarenta de su primer amor. Tras el saludo viene con la pausa ligera, la mirada rápidamente sondeadora de piel adentro. El busca más allá de los ojos de ella, que son dos gotas aguamarina, y no acierta á desentrañar lo que busca, mientras ella, mirándole la chalina, la juzga de tan buen gusto y bien hecha como las que usara Jacobo á los veinte años.

Jacobo.—¡Sorpresa más agradable...!

María Teresa.—Para mí lo es mucho. Pero nada tan natural como que se encuentren dos antiguos amigos. Digan lo que quieran, el mundo es muy chico y se encuentran hasta los que no se buscan. (Ríe graciosamente.)

Jacobo.—Y las playas deben ser una especialidad en encuentros; producen el choque de amistades como si tuessen olas. Daré las gracias á mi médico por haberme mandado baños.

María Teresa.—Ah, ¿Usted viene á bañarse?

Jacobo.—Sí, señora; soy de los que veranean á viva fuerza; me meto en el agua y cumplo con el doctor y, sin quererlo, con la moda de salir de casa. A usted no le gusta el baño de ola?

María Teresa.—Mucho; pero mi médico, al contrario del de usted, me lo tiene prohibido. Vengo con unas amigas que se empeñaron en traerme. ¿Usted no está en Madrid, verdad? Porque no habernos encontrado nunca...

Jacobo.—Me divorcié del mundo, como los santos y los insaciables. Vivo en el campo como un magnate venido á menos; fincoteo rural, sin ansias ni preocupaciones; cuido mi hacienda, casi como un siervo de la gleba; vivo tranquilo y ando siempre en mangas de camisa. Pero es imperdonable mi olvido. ¿Cómo está su esposo de usted?

María Teresa.—Murió. No lo supo usted. En la primavera hará diez años.

Jacobo.—La última noticia que de usted tuve fue la de su boda. Y desde aquel momento perdí, sin quererle, la curiosidad por su vida de usted. Cuando se casa una mujer se le acaba la historia.

María Teresa.—O empiezas entonces.

Jacobo.—En muchas claro, que sí. Pero la mujer honrada, ya se dijo, tiene historia. Más que del azar, gusta del azar. Y el historiador se queda con el papel en blanco y la pluma en el aire. ¿Se casó...? ¿Qué más pudo hacer...? Y ahí se acaba el cuento.

María Teresa.—Y si es viuda, ¿qué pasa?

Jacobo.—No dando que hablar al historiador, nada. (María Teresa y Jacobo sonríen.)

María Teresa.—Pues se me acabó á mí el cuento, como usted dice... A la edad en que muchas mujeres toman marido yo lo perdí... Fue el mío un cuento muy cortito... No dirá mi historiador que le di que hacer.

Jacobo.—Yo me atrevería á pedir á usted que me contase ese cuento. Debe ser muy interesante.

María Teresa.—Al contrario; un cuento muy sobrio, sin fantasía, sin vuelo. Un matrimonio de conveniencia, como hay tantos... Sin amor, sin dolores... ¡Yo, que había soñado hacer del lazo matrimonial un nudo muy fuerte, que por nada del mundo hubiera querido ver desatado! Usted, solterón insigne, no puede comprender esto.

Jacobo.—Señora, se equivoca usted. Tengo del lazo matrimonial el mejor concepto y á punto estuve de caer en el lazo. Como usted, yo soñaba un nudo fuerte, muy fuerte, verdaderamente indisoluble; uno de esos nudos que aprietan, pero que no ahogan, al reyés de tantos nudos conyugales que ahogan, aunque no aprietan... Pero ¡ay! me faltaba también el lazo invisible con que se atan las voluntades, la goma ó el *syndetikon* que usa el amor para pegar bien pegaditos los corazones. Y me quedé como las comedias modernas, sin nudo y, por lo tanto, sin desenlace; porque, una vez atado á gusto, debe ser muy triste desenlazarse.

María Teresa.—Sin duda por eso no quiso usted casarse. ¿Qué talento más previsor!

Jacobo.—¿Pone usted en duda mi vocación matrimonial? De aseguro que sentí gran vocación. Con gusto hubiera ofrecido mi cuello al lazo del yugo; de blanda seda se me hubieran atojado las ligaduras... Pero ¿quién me asegura á mí que un día no hubie-

¿querido que fuese mi hijo, en vez de serlo, lo seguía para poder ahorcarme? Ante tan dudoso desenlace, preferí quedarme sin atar, vuelto, viudo de ideal, sólo ligado a la mujer por los ensueños... ó por los recuerdos. ¡Vea usted, pues, si mi situación no es dolorosa; sin haber gustado las delicias del matrimonio entro todas las tristezas de la viudez. Soy á un mismo tiempo soltero aburrido, marido desencantado y viudo inconsolable. ¿Le parece á usted poco?

María Teresa.—¿Lo que es usted es un burlón tembloroso.

Jacobo.—Burlarme yo del amor? ¡Juro á usted que me merece toda clase de respetos. Al amor debo mis mejores rípios, mis más dulces sueños, mis horas mejor vividas. Y permítame, señora, que ponga á usted por testigo de ello.

María Teresa.—¿A mí?

Jacobo.—A usted, sí. A los pies de usted, María Teresa, puse yo mis veinte años con todas las ilusiones...

María Teresa (riendo).—¡Jesús! ¿Quién se acuerda de eso?

Jacobo.—Usted y yo. Querrá usted decir, ¿quién se olvidó de eso? Usted y yo, sin vernos, sin querernos, cada uno en su camino diferente, sin saber el uno del otro, más de una vez, ya de burlas, ya de veras, hemos pensado los dos en una misma cosa... Hasta me atreveré á decir que el recuerdo nos ata con lazo muy fuerte, el lazo indisoluble que nadie nos impuso, que no aboga, que no cesa... Acaso usted no se ha acordado de mi nombre y olvido por completo cómo era mi cara... Pero usted ha compartido conmigo el mismo recuerdo, la misma evocación... la dicha anónima del primer amor, que es el mejor hasta que no se invente otro. ¿Que es esto posible? ¡A la vez! ¿Que dije de amar á usted? ¡Tal vez! ¡Juré usted que me adoraba y me lo creí. Verdad ó mentira, el primer amor, aun siendo el peor, es siempre el primero; le cupo a suerte de llegar en la mejor ocasión, á los veinte años, y el recuerdo de una dicha compartida á los veinte años es un lazo que ata para siempre. Por mucho que anduviéramos para alejarnos uno de otro, si fuésemos en busca de la dicha, al ir á cogerla, como se alarga la mano para coger una flor, habríamos de vernos frente á frente y en disputa de una cosa que ni es de uno ni de otro, sino de ambos á la vez.

María Teresa.—(Risuevamente.) ¿De manos, Jacobo, que estamos ligados irremisiblemente para siempre?

Jacobo.—Para siempre; nos ata el recuerdo con lazo inquebrantable. Aunque enlazáramos usted su vida y yo la mía á otro hombre y otra mujer, seguiríamos sutilmente unidos, usted y yo. Y el más hondo amor que pudieramos sentir mañana se daría por satisfecho con parecerse á la dulce mentira de los veinte años. No cambiaría yo la mentira de su boca de usted por el amor más verdadero. ¡Lástima es que á los cuarenta años no se crea uno las mentiras!

María Teresa.—Es verdad... y como todo esto que dice usted es también mentira... no me lo creo.

Jacobo.—No, María Teresa, esto que digo á usted es verdad, es la pura verdad; usted lo sabe...

María Teresa.—¿Pues sabe usted qué pienso?

Jacobo.—¿Qué?

María Teresa.—¿Que me dexarás...! Que no quiero lazos, que me gusta sentirme libre, sin trabas, sola...

Jacobo.—Lo mismo que yo, con todas las libertades que puede uno permitirse, menos con una sola: la libertad de amar como uno quisiera. Y ahora, María Teresa, doy á usted muchas gracias por haberse dignado estrechar la mano de un antiguo amigo que se dispone á volver á su rincón...

María Teresa.—¿Pero se va usted hoy? ¿Qué lástima!

Jacobo.—¿Lástima! ¿Por qué?

María Teresa.—Porque, francamente, podríamos pasar muy buenos ratos charlando y riéndonos de las cosas pasadas, de nuestros recuerdos y de lo que usted llama nuestro lazo... (Riendo.) Me hace gracia esto de nuestro lazo... No será el de la corbata de usted... ó el de mi cuello?

Jacobo.—El que usted quiera, no siendo el correa del matrimonio, que aboga tan dulcemente... Señera, he tenido el mayor placer...

María Teresa estrecha la mano de Jacobo; se dicen adiós y se separan. Desde su asiento ve ella alejarse la figura erguida y simpática de su antiguo amigo, y una súbita tristeza empaña un instante las gotas esmeraldas de sus ojos, que no han pedido nunca, hasta de amor... El se aleja sereno, sin tristezas.

pero apagada la burla habitual de sus labios por un soplo frío que le sube del corazón, y la tarde, cayendo, desvanece el azul del agua.

del mar y de los ojos de María Teresa... J. ORRIZ DE PINEDO.

Estadística Agrícola.

De la superficie total del territorio español se destinan 13.192.587 hectáreas al cultivo de cereales y leguminosas; 1.434.494 al de la vid; 1.338.879 al del olivo; 453.899 al de árboles frutales; 394.961 al de tubérculos, raíces y bulbos; 106.212 al de plantas hortícolas; 300.741 al de plantas industriales, y 24.751.548 a pastos y forrajes.

setas por cereales y leguminosas; 332.604.697 por uvas y mostos; 213.927.299 por aceitunas y aceites; por árboles frutales 181.450.946; 354.037.776 por tubérculos, raíces y bulbos; por plantas hortícolas 169.183.152; 95.505.585 por plantas industriales; 334.792.557 por pastos y forrajes, y 148.905.301 por industrias anexas, sumando el valor total de la producción agrícola española 3.824.394.245 pesetas.

El valor de la producción agrícola obtenida en estas superficies es de 1.943.580.538 pesetas.

Bolsin mañana.

Interior, 85'17 papel; Nortes, 96'20 operaciones; Alicante, 95'00 papel; Plata, 95'80 papel.

Noticia de los fallecidos los días 18, y 19 de Febrero de 1922.

Casados	1	Viudos	0	Solteros	4	Niños	5	Abortos	0	Nacidos	1
Casadas	5	Viudas	6	Solteras	2	Niñas	4			Varones	15
										Hembras	18

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES

Observatorio Fabra.

TEMBLOR LOCAL.

Hoy, día 19, á las 6 horas 55 minutos 40 segundos, los microsismógrafos de este Observatorio registran la repercusión de un temblor muy próximo, que ha debido ser perceptible en su epicentro. La distancia epicentral teórica es de unos 70 kilómetros y la duración del movimiento de 40 segundos. Según telegrama recibido del señor Melé, de Tosa, este temblor ha sido, en efecto, perceptible en dicha localidad como una fuerte sacudida de poca duración.

El director del Observatorio, José Gómez Solá.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Suicidio.—El Almirante Lobo.—Tunas.

Madrid 19 Febrero.

Ferrol.—En Trea Testro se ha suicidado un estudiante de 19 años, llamado Enrique Calvelo, hijo de un obrero torpedista del Carlos V. Disparóse dos tiros en la cabeza; creese fue por causa de amores.

Al Almirante Lobo ordenósele salga mañana con rumbo á Cádiz, llevará 200 marineros destinados á la escuadra y apostaderos de Cádiz y Cartagena.

Elegaron las tunas escolares y estudiantes de Burgos y Valladolid, que organizan fiestas benéficas.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Entrevista.

Paris, 20 (630).

L'Echo de Paris dice que la noticia de una entrevista entre el rey Alfonso y Fa-
bree parece cierta. No obstante, le parece prematura, puesto que antes de la entre-
vista deben ser resueltas definitivamente las negociaciones franco-españolas.

**ULTIMOS PARTES.
La «Gaceta».**

Madrid, 20 Febrero (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decreto disponiendo que la Asociación mutua de seguros contra accidentes del
trabajo, constituida por el Centro de carpinteros de Barcelona, sea inscrita en el re-
gistro de las autorizadas para sustituir al patrono en las obligaciones que le impone
la ley de 30 de Enero de 1900.

Continuación del reglamento para la aplicación de seguros, sobre registro é ins-
pecciones.

Relación de los sargentos en activo y licenciados de todas clases que han sido sig-
nificados para los destinos que se indican, y otra relación de aquellos cuyas instan-
cias han quedado fuera de concurso por los motivos que se indican.

La cartera de Gracia y Justicia.—Combinación en puerta.

Se ha dicho, dándose por seguro, que en el Consejo celebrado anoche se había
acordado proveer la cartera de Gracia y Justicia dentro de la actual semana; pero por
conducto oficioso se desmiente esto, diciendo que nada se habló del asunto ni se tomó
acuerdo alguno; que es el señor Canalejas el que ha de resolverlo en definitiva, de
acuerdo con el rey, cuando lo estime oportuno.

Es probable que muy en breve se lleve á cabo una combinación de gobernadores
que alcanzará cuatro ó cinco provincias.

Operación importante.

Méjico.—El general Aldave, al mando de varias columnas, ha realizado ayer una
importante operación que tenía por objeto castigar á las tribus nómadas reunidas en el
zoco del lunes, al pie del monte Zlata. Las columnas que han intervenido son las de los
generales López Herrera y Villalón y la del coronel Prieto. Los moros fueron sorpren-
didos y huyeron en varias direcciones, mientras la artillería ha bombardeado el zoco.
Las bajas que sufrieron los rifeños fueron muchas.

A las dos de la tarde comenzó el repliegue de nuestras tropas, que terminó entrada
ya la noche. Al iniciarse el repliegue y para proteger á la infantería dieron una carga
dos escuadrones de fuerzas regulares indígenas mandadas por el teniente coronel Be-
ranguer y uno de Alcántara por el capitán Calvo.

Los jinetes hicieron una cornicería en las filas enemigas. Nosotros tuvimos dos
muertos y veinte heridos.

Merced á la carga, los moros no pudieron acosar, como intentaban, á la columna
Villalón.

La parte más importante de la operación estuvo confiada á la columna Prieto. Este
coronel ha estado hábil en el desempeño de su misión.

Llegó á Zeluán, á las ocho y media de la noche, con tres soldados heridos de las
fuerzas de su mando.

A las diez y media de la noche regresó de Zeluán el general Aldave que llegó aquí
con su cuartel general.